



DON CIRCUNSTANCIAS.

SEMANARIO DE TODAS LAS COSAS Y OTRAS MUCHAS MAS,
DIRIGIDO POR J. M. VILLER GAS.

PRECIOS DE SUSCRICION EN BILLETES DE BANCO.

	AÑO.	SEM.	TRIM.	MES.
Habana	18 pesos.	9 pesos.	4'50 ps.	1'50 peso.
Interior (adelantado) 21 id.	10'50 id.	5'25 id.	»	

Número suelto 50 centavos.

AÑO I.-NUMERO 6.

REDACCION Y ADMINISTRACION, COUPSTELA 109.

APARTADO, 644.

Habana—Domingo 9 de Febrero de 1872.

PRECIOS DE SUSCRICION EN ORO.

	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Interior (adelantado)			3'75 pesos.
España y Pto. Rico... 14 pesos.		7'50 pesos.	4 idem.
Extráñjer... 15 idem.		9 idem.	5 idem.

¡POM... PORROM... POM!!!

ó LOS ÓNICOS Y LOS ÉLICOS.

Truene por donde quiera, yo, por lo que *tronar* pudiere, quiero estar en buenas relaciones con el tempestuoso colega de Matanzas, que se nombra *El Trueno*, aunque me parece que los estampidos de este camarada no han de causar nunca tan terribles estragos como el *trueno gordo* que en Tembleque preparó el pirotécnico Mascaraque, y de que ya di cuenta en el número segundo de este semanario.

Podría *tronar*, v. gr., que *El Trueno* me enseñase á redactar mi periódico de manera que me fuese dable agradar hasta á todos los periodistas, cosa que nadie ha logrado en ninguna parte del mundo, en cuyo caso, mi gratitud alcanzaria un valor igual á cualquier miembro de la siguiente ecuacion, que dicho camarada nos ha ofrecido en un artículo referente á la infalibilidad:

$$\frac{a^2 \times \sqrt{c}}{\sqrt{b + x^2 - c + a}} = \infty$$

Y digo que eso podría muy bien *tronar*, porque habiéndonos hecho *El Trueno* saber que aquello del *magister dixit*, ó «el maestro lo ha dicho», ha hablado siempre con Aristóteles, y no con Pitágoras, como de buena fé lo estábamos creyendo, y proponiéndose reformar la ortografía, puesto que, en el mismo citado artículo de la infalibilidad, escribe tres veces la palabra *idiosincracia*, en lugar de *idiosincrasia*, cosa que podría pasar por errata de imprenta, si solo una vez se hubiera hecho, sobradamente ha probado tener la ciencia y el chirrímen que á mí me falta para poner la pica literaria en Flandes, si la expresion se me consiente.

Por de contado que la empresa es árdua, en atencion á que, por regla general, cada periodista, sin necesidad de llamarse Adán, créese ser el primer hombre del mundo, y si no quiere la fortuna sacar su nombre de la oscuridad en que yace, no impide ésto que todo el que la péñola maneja tenga

el gusto de imitar á los caminantes del cuento que ya he referido alguna vez, y que quiero repetir ahora que viene muy á pelo.

Hablo de aquellos que, al ver á un viejo y un niño viajar con una sola caballería menor, cuando iban el chico á pié y el viejo montado, insultaban al viejo, porque no tenia compasion del chico; y de los que despues, viendo al chico montado y el viejo á pié, motejaban al primero, porque no cedia su puesto al segundo; y de los que más tarde, como viesan que el viejo y el chico iban montados, apostrofaron á los dos, porque éstos no tenían lástima de la caballería; y de los que, por último, al observar que el viejo y el chico caminaban á pié, de ambos hicieron mofa, porque eran tan tontos que viajaban á pié, pudiendo hacerlo á caballo.

Así se portan casi siempre y así se han portado conmigo esta vez muchos periodistas: viéronme restregar suavemente el fósforo de la ironía sobre la lija de algunos prójimos, y gritaron: ¡Qué flojo! Tocóles á ellos un restregon, que no era para levantar ampolla, y unos para sus adentros y otros á voz en grito, exclamaron: ¡Qué fuerte!

Compréndese bien ésto, sin embargo, por aquello de que cada cual habla de la feria segun le va en ella; pero lo que yo no me explico es que *El Trueno*, con ser tan *trueno*, posea una sensibilidad bastante exquisita para *tronar* contra una feria, de la cual son otros los que, si acaso, podian tener razon para quejarse.

¡Qué horror! Haber DON CIRCUNSTANCIAS echado mano de una, siquiera sea la más inofensiva, de las armas de la sátira, contra las alocuciones de dos alcaldes y contra las inconsecuencias literarias de *El Triunfo*! ¿Puede haber paz, puede haber sincera conciliacion, puede haber concierto de ánimos y de voluntades donde ésto sucede?

Tal es la síntesis de un artículo que me ha consagrado *El Trueno*, periódico que, sin duda por antífrasis, adoptó el nombre que lleva, puesto que, más que para asustar, parece haber venido al mundo para mostrarse asustadizo. Aunque, ¿quién sabe? Puede que su mision sea la de vindicar á

DON CIRCUNSTANCIAS de la nota de tibio que otros le iban colgando; pues, efectivamente, el tal DON CIRCUNSTANCIAS podrá de hoy más decir á los que no le encuentran bastante sarcástico: ¡Mirad si harán ruido mis chanzonetas, que hasta los *truenos* se asustan de oirlas!

¿Y qué es lo que esas chanzonetas contienen, para que, siendo tan insípidas en la opinion de los que me recomendaban la cocina inglesa, le hayan sabido á rejalgar á *El Trueno* de Matanzas? ¿Se ha herido en ellas la honra de los señores alcaldes de Sancti-Spiritus y de Caibarien, ó de los señores redactores de *El Triunfo*? Nada de eso, pues me complazco en declarar que tengo el mejor concepto de las prendas morales de todos los indicados señores. Cuando más, será el amor propio de éstos el que pudo afectarse, y eso en su condicion de hombres públicos; pero las bromas que solo atacan al amor propio, particularmente cuando se juzga á los hombres públicos por sus públicos actos, es cosa, no solo lícita, sino practicada todos los días en los pueblos libres. Preciso es, por lo tanto, que *El Trueno* sea un periódico *excesivamente liberal*, para pretender que no se haga aquí lo que solo está prohibido en los países donde el despotismo impera, y para dar quejidos que conducen á esta bonita conclusion: «Las publicaciones festivas (y las satíricas, á fortiori,) deberian suprimirse como incompatibles con la paz y la concordia entre los príncipes cristianos, y... ¡viva la libertad!»

Digo que *El Trueno* debe ser *demasiado liberal*, porque los extremos se tocan, y por eso hay tan escasa diferencia entre los liberales muy exaltados y los más recalcitrantes absolutistas, de lo cual es buen ejemplo lo que aquí le está pasando al jóven, y ya distinguidísimo orador, D. Miguel Figueroa.

Este insigne cubano, empezó aquí su carrera política auxiliando á muchos de sus compatriotas, para que pudieran salir de las tierras donde habian vivido durante largo tiempo, y regresar á la en que tuvieron la dicha de nacer. ¿Hubo muchos liberales que hicieran otro tanto? No, porque una cosa es la *liberalidad*, tal como ésta se debe entender, y otra

el liberalismo, tal como lo entienden más de cuatro.

Examinó luego Figueroa la índole y tendencias de los partidos, para acabar por afiliarse en aquel que, á su modo de ver, tenía más sentido práctico, y digo esto porque, desde que *El Triunfo* declaró que el programa policito de los constitucionales era un plagio del de los liberales, nadie pondrá en duda que los unos y los otros mantienen idénticas doctrinas. ¿Tuvo razon Figueroa? Yo creo, naturalmente, que lo que éste debió hacer fué venirse al partido remolcador, que es el llamado á resolver todas las cuestiones políticas y sociales de la Perla de las Antillas; pero soy tolerante, como liberal posibilista, y respeto las opiniones de los demás, que si fuera liberal superlativo, ya haría ver al buen Figueroa lo que era bueno y barato.

Así se lo están haciendo ver otros, que no le dejan hueso sano, habiendo algunos que hasta con Necedal han llegado á compararle, cosa que no me extraña, porque estoy acostumbrado á ver hombres tan echados para adelante, que tienen á Castelar por un reaccionario y á Gambetta por un pastelero.

¿Será de ese número *El Trueno* de Matanzas? A juzgar por su espíritu restrictivo, en materia de sátiras y de críticas, tengo para mí que ese estimado cofrade ha de ser de los que dicen, que el que no está con ellos no tiene perdon de Dios, y que el mejor modo de dar pruebas de amor á la libertad, estriba... en no practicarla.

Pero sea lo que fuere *El Trueno*, yo voy á complacerle, contestando á lo que me dice sobre los *ónicos* y los *élicos*, porque quiero estar en buenas relaciones con él, y porque entra en mi programa de gobierno el dar á todo el mundo francas explicaciones, aunque no sea más que por ver si consigo que, á mi nombre de DON CIRCUNSTANCIAS, se pueda agregar el apellido de la *Ingenuidad*, en cuyo caso, continuaré trabajando para que siga el Callejas al apellido citado, lo que me vendrá de perilla para poder con el tiempo llamarme DON CIRCUNSTANCIAS DE LA INGENUIDAD Y CALLEJAS.

Respecto de los *élicos*, no anduvo *El Trueno* lejos del *quid*, cuando dijo que los de la Union podían ser *célicos*, *angélicos*, *famélicos*, *aristotélicos*, ó *bélicos*; pero se equivocó al optar por este último adjetivo, y en cuanto á los *ónicos*, tampoco acertó, al suponer que yo tratara á los liberales de *jónicos*, *babilónicos*, *salomónicos* ó *borbónicos*. Era en los nombres de dos grandes filósofos en lo que *El Trueno* debió fijarse, para hallar lo que buscaba; con solo hacerlo así, habría podido ver pronto que los liberales tienen tanto de *platónicos*, como los constitucionales de *aristotélicos*, y á la prueba me remito.

Nadie ignora que, á los que siguieron la escuela de Aristóteles, se les llamó *peripatéticos*, que queria decir *paseantes*, á causa de ser un paseo de Atenas el lugar donde se fundó el Liceo, y donde aquellos iban á recibir sus lecciones. Ahora bien: ¿se me negará que los constitucionales son aficionados al *paseo*? El mismo Figueroa ha tenido que pasearse grandemente, unas veces para ir á los Estados Unidos en busca de sus compatriotas, y otras para hacer propaganda con sus bellísimos discursos, y en cuanto á los demás individuos de la Union, no solamente se pasean tambien á menudo, sino que están siempre dispuestos á mandar á *paseo* á sus políticos adversarios.

Tampoco ignora nadie que, sin desatender la razon, Aristóteles sentó siempre, como base de su sistema filosófico, la *experiencia*, y por *remolcador* que yo sea, no puedo negar que los constitucionales dan tambien á la experiencia alguna importancia en su sistema de gobierno.

Nadie ignora, por último, que Aristóteles, como político, sentó, por decirlo así, los cimientos sobre los cuales habia de levantar más tarde su edificio

el célebre Bentham, pues, sin ambages ni rodeos, dijo que el fin de la sociedad humana era la *utilidad*, y poco observador debe ser el que no vea grande analogía entre la política de los constitucionales y la de Aristóteles; dicho sea en honor de los primeros, porque, francamente, no está hoy la isla de Cuba para prescindir completamente de los principios *utilitarios*.

Vamos á los liberales. Si Platon creia que las cosas eran solo una copia, y hasta una sombra de la realidad, ¿se me negará que hay muchos liberales que piensan lo mismo? Si Platon tenía dos métodos de enseñanza, uno público y otro secreto, ¿habrá quien no vea en eso el origen de algun partido avanzado, que, entre nosotros, ha llegado á tener dos programas, uno hablado y otro escrito? Y finalmente: si Platon quiso que á su Academia asistiesen, no solo los hombres, sino tambien las mujeres que querian instruirse, ¿habrá quien desconozca la analogía de procedimientos entre el autor de la *República* y los liberales que han hecho intervenir al bello sexo en sus políticas manifestaciones?

Y conste que, no siendo yo de los que toman á la mujer por una máquina, estoy muy lejos de reprobar lo que hizo Platon y lo que hoy hacen sus correligionarios. Antes creo que es muy justo dar á las señoras ocasion de probar que conocen el valor de los derechos políticos, ya que la sociedad les niegue la posesion y ejercicio de los mencionados derechos.

Cabalmente, no sé en qué punto de la Isla han terminado las elecciones de diputados provinciales por una numerosa reunion de los hombres de diferentes partidos, que tuvieron el buen gusto de invitar á las damas para solemnizar la fiesta política con un baile, y eso es lo que yo quisiera ver en todas partes; ya porque entiendo que el baile es una diversion inocente, digan lo que dijeren ciertas *Hijas de María*, ya porque me parece que, si las bellas dieran remate con su encantadora presencia á las luchas de los partidos, y se bailase mucho, estaria logrado lo que más debe hoy desearse en la isla de Cuba, que es que los hombres lleguen á mirarse como hermanos, como miembros de una misma familia, sin que por ello renuncien á pensar como se les antoje.

Conste, pues, que los constitucionales tienen mucho de aristotélicos (*élicos*), que los liberales tienen bastante de platónicos (*ónicos*), y que no ocurriéndome por hoy ninguna otra cosa que decir á *El Trueno* de Matanzas, sino es que le deseo larga y próspera vida, doy aquí fin al artículo del *Pom..... porrom..... pom!!!*

ESTO MARCHA.

Cárdenas 27 de Enero de 1879.

Señor DON CIRCUNSTANCIAS.

Habana.

Causas ajenas á mi voluntad me impidieron el domingo, 19 del corriente, reunir en junta á la *masa* de nuestro partido, para obligarla á aceptar el nombre de «Partido Remolcador» adoptado en esa por usted y D. Landaluze, nuestros prohombres. Aunque á alguno extrañe de pronto la expresion «obligarla á aceptar», dejará de extrañarle, si quiere por unos momentos reflexionar sobre lo que sucede en los partidos políticos; y concretarse un poco á lo que ha sucedido en los que aquí militan. Manifiestos para proclamarse, programas para exhibirse, cambios de doctrina para recomendarse, todo ha sido hecho por los jefes de los partidos militantes sin pedir consulta á los *militadores*, en lo cual no dejo de reconocer que han hecho bien, pues fuera dar muy triste idea de su superioridad, si condescendiesen á impetrar la vénia de sus subordinados para hacerles felices. No señor;

mandan las Directivas, y cartucheras en el cañon. La verdadera política, la salvadora, la nacional, es esa. Surge una idea en un caletre *directivo*, y en seguida se extiende hasta tomar posesion de los demás caletres; pero como no basta la emision del *directivo* pensamiento, se procede incontinenti á llevarlo al terreno de la práctica. ¿Importa, acaso, que entre los quintos haya uno, dos, veinte, mil, cuyas opiniones sean distintas?... De ningun modo. La disciplina, que tan necesaria es en los partidos políticos, se encarga de *con-vencerlos*. Es una buena señora esa señora; es de *las que se cueñan*; pero en honor de la verdad, agréguese *no sin sentir*, pues, sobre todo, cuando se halla en plural, puede causar más de un sentimiento al afiliado refractario sobre cuyos lomos descargue su cabellera de cuero.

En vista de aquella ventaja, recomiendo á los partidos cubanos que usen mucha disciplina; y para que no me tilden de *agarrado* en mi recomendacion, cosa que nada me cuesta, sino que por todos se reconozca que, en lo de desear cosas buenas, yo soy abundante y generoso, me extendo hasta á recomendarles, no solo *mucha disciplina*, sino *muchas disciplinas*.

Pero al grano, como dijo el otro, que es hora de comer.

Dejé escrito que no pude convocarme á junta general, ni el Domingo, 19, ni los dias sucesivos, para imponerme el nombre de Remolcador, adoptado en esa por mi partido; pero lo hice ayer, 26, dia de San Policarpo y de I. P. en Belen. La reunion se verificó en el lugar de costumbre, asistiendo toda la *muchedumbre* del partido, que estuvo aguardando impacientemente desde una hora antes de la fijada para la reunion.

Preciso es, antes de continuar, que usted convenga en que la situacion era bastante apurada para un político como yo, parecido á los centines de Alfonso XII, es decir, de nuevo cuño. Yo me encontraba como el paleta que se vé de improviso elevado á marqués, por haber... ¡qué se yo! y no sabe el ennoblecido (mejor diríamos *nobilizado*), paleta, cómo componérselas con su nueva dignidad. Me resultaba tambien lo que al personaje de una chistosa comedia. Habia llegado ese señor á un pueblo hacia dos ó tres dias solamente, y no acertaba á dar un paso, por temor de obrar contra las costumbres de la localidad. Muy nimio, muy pulcro en todos sus actos, y deseando adaptarse á las prácticas allí reinantes, titubeaba en la mesa diciéndo:—«Hace tan poco que llegué, que ignoro si aquí comen el pescado antes que la carne, ó la carne antes que el pescado.»

Perdido de amor por una linda jóven, se abstenia de comunicarle su «atrevido pensamiento» diciendo, en cambio, á cuantos querian oírle:—«He llegado hace tan pocos dias, que no sé lo que se acostumbra á hacer en este pueblo, cuando se está enamorado.»

Y así en todos los actos de su vida presentaba el gracioso contraste de una gran vivacidad, domada por una indecision mayor aún. Eso me resultaba exactamente. Presidente, secretario y pueblo á la vez, resuelto á cumplir concienzudamente mis respectivos deberes, hallábame en la mayor incertidumbre. ¡Hacia tan pocos dias que era político, que ignoraba cuál era la costumbre en estos casos...!

Mientras tomaba una determinacion, dije para mis adentros:—«Bueno será, ya que soy la *muchedumbre*, hacer lo que en todos los paises y en análogas circunstancias»—(con perdon de usted Don), pues es de advertir, que si bien mis caracteres de Presidente y secretario de la junta general me inquietaban algo, no así el de *muchedumbre*.

¡Esperar, es tan fácil! Escuchar, con la boca abierta, ¡es tan sencillo! Interrumpir á los oradores, tan oportuno... ¡Alborotar antes de la reunion, en la reunion y despues de la reunion, es tan alegre!...

Principié, pues, á gruñir en forma de murmullo, de pueblo agitado, y dirigiéndome á la puerta del local, que estaba cerrada, la gritaba:—«¡Abrete, gallo!» Añadía otras muchas ocurrencias, de esas que suelen ser más *espirituosas* que *espirituales*; y de repente, recordando que nunca faltan entre las masas algunos géneos contemporizadores y pacíficos, quise también asumir ese papel, é increpé al más revoltoso de *mi mismo*, diciéndole:—«Cálmese usted; ya abrirán.»—«¡También lo dudo!» repuse, volviendo á la sedición.

Puedo asegurar á usted que he merecido un ascenso, por lo bien que desempeñé mi parte de pueblo. Yo *me le recomiendo*, para que me tenga usted presente, no en sus oraciones, que por ahora... no promoverían mi adelanto en el partido, sino para que me envíe pronto un nombramiento de algo, haya ó no haya vacantes, que cuantos más seamos á desempeñar las mismas funciones... más las enredaremos. No se ría usted, porque eso sería muy conveniente á nuestro partido; de ese modo podríamos, cuando todo estuviese bien enredado, dar una prueba asombrosa de nuestra idoneidad, tino y perspicacia políticas, desenredando sagazmente el enredo.

Para abreviar, diré que, por fin, tuvo lugar la junta general; la concurrencia, compuesta de este servidor de usted, actuante como Presidente, Secretario y Espectadores, no era muy numerosa; pero sí en extremo distinguida. ¡Ah, sí! y no paso por otra cosa....

Le incluyo una copia del acta de la sesión. Dice así:

Copia.

En la ciudad de Cárdenas, á veinte y seis de Señores Enero de mil ochocientos setenta y nueve, y que se reunidos los señores que al márgen se expresan, presen: á consecuencia de la convocatoria hecha por el

El Tercero del Partido, para proponer si *de-cero del* bia ó no aceptarse la denominación que la Directiva de la Habana ha dado á esta agrupación, única que puede hacer la felicidad del país, girando dentro de la órbita de la legalidad y en consonancia con las aspiraciones que el gradual progreso de los tiempos y la civilización infunde á los pueblos, ocupó la presidencia el digno señor Tercero, sin pretensiones de ninguna especie, como el Alcalde de Caibarien, y también tomó posesión de la secretaría. En vista de cuya innegable actividad, de tan notorio espíritu público y tan obvio olvido de sí mismo, se propuso por el pueblo, siendo aceptado por toda la concurrencia, en medio de las mayores muestras de aquiescencia, asentimiento y conformidad, que se diese un voto de gracias al citado señor Tercero; cuyo señor, conmovido visiblemente, se bebió un vaso de agua con panales y dijo: «¡Amado pueblo gracias! gracias!... ¡oh, gracias!... He dicho.»—arrancando «ipso facto» extrepitosos, nutridos y entusiastas aplausos. Pero el entusiasmo llegó al delirio, cuando el mencionado correligionario añadió, ya más sereno:—«que iba á combatir el nombre de *Remolcador*;»—á lo cual replicó inmediatamente el secretario, que: «combatir era de enemigos,» respetando al presidente que había usado de aquella palabra en su buen sentido. Con cuya franca y leal explicación se dieron los disputantes por satisfechos, estrechándose las manos, y metiéndose en una especie de zanjón, que hay en el piso, por faltarle dos ó tres ladrillos, dando á entender así, de una manera gráfica, lo verídico de su reconciliación.

Apaciguados los ánimos, tomó de nuevo la palabra el digno y por todos querido presidente declarando, «que puesto que en la capital de la Isla habían bautizado *por lo civil* al partido, con el nombre de *Remolcador*, se decidía á aceptarlo gustoso, no habiéndolo hecho antes, para demostrar que él también tenía convicciones propias, y que el que no estuviese conforme se marchase.»

En estas circunstancias entró el repartidor de Don IDEM, y dejó el número 4 de ese señor

en un ángulo de la mesa, encima de la cual estaba el presidente encaramado, haciéndole al despedirse la siguiente recomendación:—«¡Cuidado, Don... con desnucarse!...»

Sin atender á la hilaridad del pueblo, el presidente leyó con voz estentórea la carta del *Cuarto Estado*, neófito de Nueva Girona, que prueba evidentemente el rápido desarrollo de la doctrina remolcadora.

Y terminó anunciando á la apiñada muchedumbre su nombramiento de Secretario de la Junta Directiva del partido, acordado, aprobado y sancionado por DON CIRCUNSTANCIAS, en su número 4; y fué saludado, á propuesta de un venerable espectador, con una triple salva de aplausos por su ascenso, y sobre todo, por el aumento de salario que ese nombramiento implica.

Hubo un recuerdo gastronómico para los afilados ausentes; y firman la presente, para mayor constancia, el Presidente y Secretario de la reunión, y el pueblo entero.

EL PRESIDENTE,
El 3º del Partido.

EL PUEBLO,
El 3º del Partido.

EL SECRETARIO,
El 3º del Partido.

Permita, oh DON CIRCUNSTANCIAS, que le dé mil expresivas gracias por su generosidad; usted ha cumplido su promesa de elevarme á rango superior, sin considerar mi insuficiencia, así que ha ingresado un neófito en nuestras filas: y á ti también, oh *Cuarto Estado* neo-gerundense, permítame que te dé un *abrazo fraternal*, por haber sido el escalon encima del cual he tiepado! Reflexiona en esto: tú eres ahora EL PUEBLO, y me has servido de peldaño. Nada más te digo, hermano, porque supongo que serás como Cardona, y éste era muy listo, según se cuenta. Yo siento la premisa; tú sacarás la consecuencia... que más te plazca.

¡Animo, remolcadores! Nuestras filas adquieren cada día más soldados; ocupemos todos nuestros puestos, y diga DON CIRCUNSTANCIAS, como Nelson:—«El Partido Remolcador espera que cada cual cumplirá con su deber!»

Se despide de ustedes correligionariamente:

El Tercero del Partido.

P. D.—¿No sería conveniente mandar algún delegado del Partido á Ceiba-Mocha y otras ciudades importantes para conquistar prosélitos?...

Vale.

DIRECCION DEL PARTIDO REMOLCADOR.

SECCION DE PROPAGANDA.—NEGOCIADO DE APLAUSOS MUTUOS.

Hágase saber al Tercero del Partido, que no se insertó su comunicación en el nº 5 del órgano oficial de la *Remolcaduría*, por sobra de materiales y morales; que se aprueba cuanto él está haciendo para difundir en la buena ciudad de Cárdenas las salvadoras doctrinas, y que con esta fecha se mandan comisionados á Ceiba-Mocha, Cojimar, el Roque, Ciego de Avila, Hoyo Colorado, Pijuan, Aguada del Cura, Perico, Rancho Veloz y otras populosas ciudades, políticos encargados de constituir juntas, etc., para hacer las conquistas que él recomienda.

DON CIRCUNSTANCIAS.

CARTA DE PARIS.

15 de Enero de 1879.

Sr. DON CIRCUNSTANCIAS.

La *Exposicion* se ha cerrado, Es decir, la *Universal*, Pero abierta sigue aquella Que también se cerrará.

¿Cuál es aquella? Calculo Que algunos preguntarán, De los que no ven los cuadros Que aquí exhibiéndose están;

Desde que Thiers quiso el puesto De presidente dejar, Para que á ocuparlo entrara Este pobre general, A quien Mac-Mahon se nombra, Y que al mundo supo dar Una exposicion de *cuadros*, De los de *no hay mas allá*. Juzguen ustedes algunos De los que hoy quiero mandar, Que, si más puedo otro día, Mandar sabré muchos más.

I

Sufre Thiers la injusticia más notoria De que hay ejemplo en la moderna historia; Y sucede al político profundo, A quien tributa admiración el mundo, Un señor que ni aún sabe, por supuesto, Lo que hacer de aquel *puesto* en que le han *puesto*, Sin que á impelerle á renunciarlo baste, Lo triste y lastimoso del *contraste*.

II.

Ya es Mac-Mahon el jefe del Estado, Y pretende, y consigue, el *septenado*, Aunque pensando en ver si echa al infierno Aquel mismo sistema de Gobierno De que él mismo se llama Presidente; Para lo cual, se junta con la gente De intencion más insana y más torcida Que el orbe entero conoció en su vida. Dánle lo que pretende, y como es eso Lo que causa, de pronto, su embeleso, Logra afirmar, sin comprenderlo, un día Lo que furioso derribar quería, Y exclama arrellanado en su poltrona: «¡Me salió la criada respondona!»

III.

Mas aún presume de hombre necesario, Y dar pretende el cetro á un perdulario, Que posea el secreto, el medio, el arte, De hacer lo que hace solo un Bonaparte, (1) Que es tributarse culto, darse tono En un soberbio y deslumbrante trono; Armar, sin ton ni son, loca reyerta, Viértase mucha sangre, ó no se vierta, Gastar, en fin, montones de dinero, Y París entregar al extranjero. Esto es lo que el señor piensa, en sustancia, Pero otros son los cálculos de Francia, Que harta de despilfarros y traiciones, Vence al poder en ciertas elecciones, Con lo que, al cabo, fija su destino, Cortando al buen señor el reversino.

IV.

Aun no se juzga el hombre derrotado, Aun el apoyo tiene del Senado, Y forma cierto día un *Ministerio*, Que se puede llamar *del gatuperio*, Con que, jugando el todo por el todo, Consulta la opinion..... de cierto modo. Cada ilegalidad una montaña, De grande, viene á ser; pero la saña Del gobierno feroz sale vencida En lucha tan tenaz como refida; Y el pobre Mac-Mahon, cuando lo nota, Sufre lo que esperaba en su derrota. ¿Y pensareis, por eso, que él se apura? ¡Qué disparate! Demostrar procura Que es tan *conservador*, que ha *conservado* Hasta el poder más triste y desairado Que se ha visto jamás, y..... no hay remedio, Por mucho que el soltarlo le dé tédio, Yo le digo: ya es justo que concluyas, Cual yo concluyo aquí mis *aleluyas*.

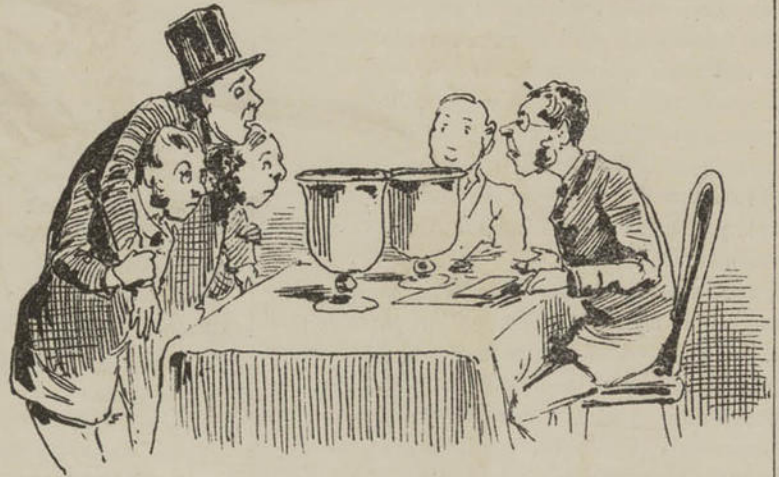
Con que, si una se ha cerrado, Otra Exposicion acá Queda, compañero, abierta, Que pronto se cerrará.

(1) Es decir, cualquiera que se llame Bonaparte, porque de éstos son ya dos los que han puesto á Francia al borde del abismo.

LAS ELECCIONES.



Dicen que en Jesus del Monte llevaron á votar á un tullido.



Y que despues de mil peripecias resultó que no tenía voto ¡cuantos sudores inútiles!



Candidato para toda clase de libertades.



Conservadora á todo trance.



Coro de serenos. — ¡ Las diez y media y sereno! ¿ tendrémos paga en Enero?

En un colegio electoral se ha negado el voto á unos cojos ¿ Será porque la ley no admite electores de cuatro piés?

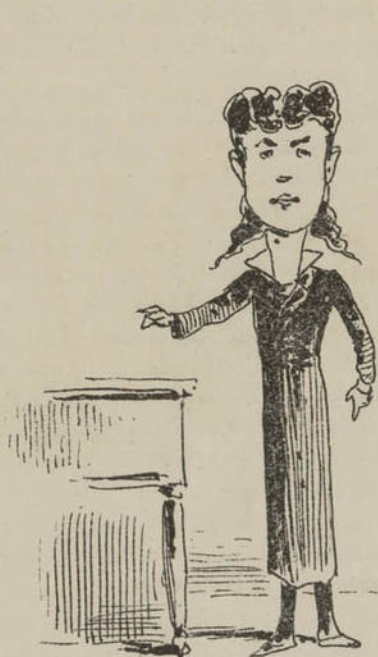


Coro de maestros de escuela. — ¿ Será posible que con tantas libertades se tomen la libertad de dejarnos morir de hambre?



Steeple-chase del Sr. Cortina, persiguiendo la sombra del Sr. Figueroa.

EL NUDO GORDIANO EN ALBISU.



Cárlos es un apreciable sugeto que posee una gran dosis de virtud, de paciencia y de levita.— Esto no es nuevo.



Su esposa abunda en carnes y en vicios, y engaña á su marido.— Esto tampoco es nuevo.



El fruto de esta union es una jóven, tan inocente como escotada.



Hay tambien un sócio que, no contento con las utilidades de la caja, quiere tenerlas en el matrimonio.



Cuando descubre la traicion Cárlos, se venga disparando contra su mujer.... una tirada de versos que anonadan á la esposa infiel.



En el segundo acto, Cárlos vé juntos á su esposa y á su amante, y les suelta otra tirada de versos que les hace huir á todo trapo.



No pudiendo la esposa culpable sufrir el peso de tanta poesía, se decide á abandonar el hogar doméstico.



Vien lo Cárlos que nada se consigue disparando versos, se decide á disparar una pistola, que acaba con su mujer y con su deshonor.



Moral del drama.—El matrimonio es un lazo que debe desatarse á tiros.—De hoy en adelante, el mejor regalo de boda será un revólver con 50 cápsulas ó un puñal de Albacete.

PERO TIENE BONITO VERSO.

No hay duda: los que expresamos nuestras ideas en la rica y sonora lengua de Cervantes, hemos hecho una conquista que vale más que las que immortalizaron á nuestros antepasados; la conquista de la santa paciencia, y de esa virtud hacemos tal gala en el teatro, que allí, el que entre nosotros dá ménos señales de poseerla, es un verdadero Job.

Si á nuestros abuelos se les hubiera dicho: «Irán ustedes al teatro, para ver obras sin argumento, pues, en el caso de que éste se deje traslucir, estará fundado tan en falso, que mejor habria sido suprimirlo, y se estarán ustedes dos, tres y hasta cuatro horas, oyendo recitar versos, escritos unas veces en diálogo y otras en monólogo,» ellos hubieran contestado: «corriente, harémos lo que se nos ruega ó se nos manda; pero lo que no queremos es contraer el compromiso de permanecer despiertos en nuestros asientos respectivos, porque ¿cómo podrémos rechazar los bruscos ataques de Morfeo, si para ello no contamos con el socorro de Melpomene ó de Talía? Que se nos consienta dormir á los pocos minutos de haberse levantado el telon, hasta que los acomodadores nos digan á gritos estas ú otras semejantes palabras: «¡señores! ¡ya pueden ustedes retirarse, que la funcion se ha concluido, y vamos á apagar las luces!!!» y entonces tendrémos fuerza para acceder al ruego, ó para obedecer al mandato.»

Nosotros somos tan benditos, tan sosegados, tan condescendientes, tan tolerantes, tan sufridos en fin, que hacemos sin dificultad lo que era imposible para nuestros abuelos. A nosotros lo que nos importa ménos es que haya interés dramático en una obra, ó que deje de haberlo, que el argumento sea bueno ó malo, verosímil ó inverosímil, discreto ó disparatado; nosotros poseemos la resignacion suficiente para estar dos, tres y hasta cuatro horas, oyendo recitar lo que, á ratos perdidos, podíamos leer en nuestras casas; nosotros, por último, nos sentimos capaces de aplaudir cuando hay el lloriqueo que es de rigor en la época de blandura literaria que hemos alcanzado, ó bien al presenciar un desmayo, si el actor que sufre el soponcio se dá una buena costalada, ó, finalmente, cuando hay risas sardónicas, que son las únicas que hoy nos hacen felices; y poco nos importa que alguien nos diga que, lo que hemos tomado por comedia ó drama, no es ni lo uno ni lo otro, con tal que podamos dar esta contestacion: «Ciertó que no es drama ni comedia..... pero tiene bonito verso.»

Hé aquí la causa de que, entre nosotros, solamente los que saben hacer versos se dediquen á escribir obras dramáticas, cosa que me recuerda este precioso chiste de la pieza francesa en un acto, que se titula: *Un cuarto con dos camas*: «Y mi padre, viendo la buena disposicion que yo tenia para la náutica, me puso á estudiar latin con los jesuitas.» Porque, ¿no puede ocurrir el caso de que un hombre tenga inventiva para la creacion de planes, de situaciones dramáticas y de caracteres, sin poseer las facultades del versificador? Y al revés, ¿no vemos diariamente que algunos de los más admirables versificadores son incapaces de idear una fábula que tenga atadero?

Si hay obras de Shakespeare, de Molière, de Calderon de la Barca, de Alarcon y otros autores antiguos, de diversas nacionalidades, que se vean siempre con encanto, ya en los originales, ya en las traducciones, no es porque se hayan escrito en verso esas obras, sino, á pesar de haberse escrito en verso. En cambio, examínense las que nuestros modernos autores han dado á luz de medio siglo acá, y dígame si hay media docena de ellas que resista á la prueba de la traduccion. Nada de eso; como que solo en la bondad del verso estriba el in-

terés de tales obras, por excelente que sea la prosa en que éstas se viertan, dejarán de ser representables al ponerlas en otro idioma. Ahí tenemos, si no, las chistosísimas comedias de Breton de los Herreros, versificador de los más asombrosos del mundo. Siempre se han aplaudido y siempre se aplaudirán entre nosotros; pero ¿quedaria algo de la mayor parte de ellas, una vez despojadas de la belleza y de la gracia con que el autor supo vencer las dificultades de la rima?

Lo mismo digo de muchos dramas, cuyo lirismo es delicioso. Si algunos de esos dramas han prestado asunto para escribir buenas óperas, será porque, como dijo Beaumarchais, en este mundo suele cantarse lo que no vale la pena de decirse. Pero, ¿á qué quedarian reducidos, si se pusieran en prosa, esos mismos dramas que han inspirado inmortales partituras?

Pues, al contrario, las comedias de Scribe, así como los mejores dramas de Alejandro Dumas (padre) y de Bouchardy, que tan buen éxito obtuvieron en Francia, lograron y lograrán siempre ser aplaudidas en las traducciones que de ellas se han hecho al castellano, al inglés, al alemán, al italiano y á otras lenguas, por mediana que sea la prosa de dichas traducciones, y ahí está la piedra de toque del mérito artístico de tales obras.

Esto lo vé cualquiera, ménos la inmensa mayoría de nuestros autores y de nuestros criticos, y hé ahí por qué, si en literatura dramática damos algun paso, es hácia atrás como los que dan los cangrejos.

Convencido de esta verdad, tan pronto como tuve yo noticia del estrepitoso éxito alcanzado en Madrid por el autor de *El Nudo Gordiano*, comprendí que el drama que lleva ese título seria tanto peor, cuanto mayores elogios y más nutridos aplausos estaba logrando; pero que tendria..... bonito verso, y, efectivamente, he visto que tiene bonito verso, sin valer por eso más que otros de los que allá consiguen tan ruidosas palmadas como ricas coronas. ¡Plaudite cives!

Digamos algo de lo que en *El Nudo Gordiano* pasa por argumento.

Cárlos, casado con Julia, tiene una hija llamada María. El es comerciante, y sabiendo que ha sufrido una considerable pérdida en Amberes, dá á su consocio, Enrique, el encargo de salir al instante para dicha ciudad, con el objeto de ver lo que allí ha pasado; pero Enrique, como se halla hace tiempo en relaciones amorosas con Julia, escribe á ésta una carta, para darla una cita en el jardin de la misma casa. Extraño es que tenga necesidad de escribir quien no puede carecer de ocasion para dar verbalmente la cita; pero la carta es indispensable, no tanto para que la reciba Julia, como para que ésta la deje caer, á fin de que llegue á manos de Cárlos, pues, sin eso, ya no sucederia nada de lo que el autor quiso que sucediera, y por consiguiente, faltaria motivo para decir cosas muy buenas en bonitos versos.

Cae la carta en poder de un tío y un cuñado de Cárlos, y ellos se la dán á éste, porque todo eso es de rigor, para que la madeja se vaya enmarañando; cosa que al fin se consigue, de buena ó mala manera, pues Cárlos, que conoce la letra de su consocio, es quien se encarga de espiar á los amantes, por cuyo medio llega á saber que la mujer citada es su esposa, y quiere matar á ésta, como tal vez lo hiciera, sin la oportuna aparicion de su hija María; pero ya que en aquella ocasion no realice lo que deja para el final del tercer acto, se venga recitando unos cuantos octosílabos, mientras el consocio vá camino de Bélgica, no se sabe ya si á averiguar algo de la quiebra, ó á saber, á su paso por Francia, cómo saldrá Mac-Mahon del apuro en que le ha puesto la eleccion de los senadores. En esto llegan el tío y el hermano de Julia, y toma

Cárlos el partido de fingirse él mismo culpable, para separarse de su esposa, que se retira á la casa de su hermano, despues de lo cual..... cae el telon.

Si la accion terminase aquí, ya verificándose la separacion de los cónyuges, ya habiéndose vengado el esposo ofendido, poco habria que decir contra la obra, como no fuese algo sobre lo traido por los cabellos que está todo lo que en ella sucede, y mucho sobre lo que los interlocutores hablan de más, por la pícara necesidad en que se les pone de hacerlo en renglones que obedezcan á ciertas leyes de silabeo y de rima, siendo justo decir que, en lo que allí se habla, descuellan pensamientos muy lindos en no ménos lindos versos expresados; pero la broma está en que hay que tragarse otros dos actos para llegar al desenlace del nudo que debió desatarse entonces, y preciso es que el arte y el gusto hayan alcanzado un altísimo grado de perversion para haber cuerpo que tanto sufra.

La primera acotacion del acto segundo deberia decir: «Aunque en el jardin hay ramaje florido, para hacer poética y natural una cita amorosa, en la sala hace frio, y está encendida la chimenea, para facilitar la quema de papeles interesantes.»

En este acto hay un baile, que tieae por objeto reunir á Cárlos y á Julia, para ver si olvidan sus diferencias. ¿Cuánto tiempo ha transcurrido desde el acto primero? No lo sé; pero más de cuatro dias deben haber pasado, puesto que María, la niña, que en el acto anterior vestia de corto, gasta ya larga cola. Enrique ha vuelto, sin decir nada del rey de los belgas, quien parece que está muy sorprendido de que muchos le llamen Augusto, cuando su verdadero nombre es Leopoldo, y como el tal Enrique tiene celos de Cárlos, decide largarse con Julia, con cuyo motivo se descubre que Julia fué la causa de la separacion del matrimonio. Nada se dice de la mujer de Enrique, ¿para qué? Pero al fin triunfa la union constitucional, sin el auxilio de los serenos, porque los esposos se juntan de nuevo, y María, que sin duda toma por billetes del Tesoro unos veinticinco mil duros que en billetes del banco constituian la dote de su madre, y cree tambien que son de los destinados á la quema por el último sorteo, los echa á la lumbre, aparentando pensar que dichos billetes son la causa de la doméstica discordia. No hay en esto completa falta de lógica, pues, efectivamente, Cárlos debe temer que el mundo le juzgue capaz de admitir nuevamente á su mujer, por los veinticinco mil duros que ella quiere darle para que salga de los apuros en que le ha puesto lo de Amberes.

En el acto tercero hay desafio y una herida, que no es de gravedad, por la sencilla razon de estar en el pecho. Julia, que quiere mucho á su hija, desea apartarse cuanto ántes de ella, para lo cual pide el divorcio, no porque su marido la trate mal, pues él la guarda todas las consideraciones imaginables, aunque no hace vida matrimonial con ella, sino porque sí; pero viendo que el marido no acepta la separacion legal, le suplica que la mate, y como tampoco accede Cárlos á tal deseo, ella le entrega una carta en que declara haberse suicidado. En fin, no bastándola nada de esto para lograr salir de este pícaro mundo, resuelve irse con el amante, siendo entonces cuando Cárlos agarra dos pistolas para disparar un solo tiro, con el cual enviuda.

Se conoce que los serenos y los salvaguardias estaban entretenidos en votar candidaturas para diputados provinciales, y por eso no impidieron la catástrofe; pero un celador, que, por cierto, salió en Lersundi con una fisonomía tan espantada como si temiera que las elecciones acabasen á sartenazos, llega á prender á Cárlos, quien quema la última carta de Julia, con la cual podria ponerse á salvo.

de las persecuciones de la justicia, y se entrega al celador, declarándose homicida.

Vamos á cuentas. ¿Qué carácter es el de aquella mujer, que tanto quiere á su hija, que manifiesta tener afecto á su marido, y que, sin embargo, tan pronto se vá, como se vuelve, para escaparse de nuevo? ¿Qué hermano es aquel de Julia, que, oyendo las murmuraciones en que se dibuja fotográficamente la situación de su hermana, no adivina de quién pueda tratarse y contribuye á exasperar á Carlos con la relación de lo que ha oído? ¿Qué amante es el que ha mostrado ántes estar dispuesto á todo, para librarse del antiguo consocio, que se ha batido furiosamente, y que huye al ver morir á Julia, para no perecer con ella? ¿Qué hace la caja de las pistolas sobre una mesa durante todo un acto, si no tiene el solo objeto de que el tío y el cuñado de Carlos vean, después de oír el tiro, que faltan de allí dichas armas? ¿Por qué Carlos no quemó el papel en que Julia declaraba su supuesto suicidio, cuando ésta se lo entregó, y aguarda á quemarlo cuando se vé delante de su hija, que va á quedar desamparada en el mundo, sin que la situación de aquella pobre criatura le pueda decidir á hacer el sacrificio de vivir para ella?

No acabaría yo en mucho tiempo si fuese á resumir todo lo que hay de inexplicable en el lío que el Sr. Sellés ha dado por púdo, y cuyo fin moral parece ser éste: «La desgracia ó la felicidad de los hijos, no deben nunca entrar en los cálculos de los padres, para que éstos hagan ó se abstengan de hacer lo que se les antoje.»

Resulta de lo dicho que el drama tan celebrado en Madrid carece de verdadero plan, de unidad de acción, de caracteres sostenidos, de verosimilitud y de moralidad; pero, adelante, porque, si el drama es malo, ó si no merece el nombre de drama, en cambio..... tiene bonito verso..... de vez en cuando.

La ejecución buena en general: en el joven señor Delgado tenemos ya un actor notable, que nos hace esperar un actor eminente. La señora Muñoz siempre inteligente é inspirada. Lástima fué que empleara sus dotes artísticas en un papel desairado. El señor Terradas, es también siempre un artista de talento y de conciencia.

A "DON CIRCUNSTANCIAS."

Pues que el soneto te gustó, en buen hora,
Mal que pese á su *lápso* de asonancia,
Deja que el nuevo bardo, en su arrogancia,
A tu bando se agregue desde ahora.

Y pues son cinco ya los que atesora
Nombres ilustres el partido... á instancia
De mi ardor juvenil, abre tu estancia,
Y cuélame en tu grey batalladora.

Que al ver que ardiente, en la campal escena,
El duro yelmo con fervor me calo,
Y me apresto á luchar sobre la arena;
Sabrá la tierra cómo, dando palo,
Vale más poca gente, cuando es buena,
Que un escuadrón de muchos, cuando es malo.

Un circunstante.

DON BALDOMERO ESPARTERO.

V.

El general que en Madrid debía ponerse al frente de la insurrección militar era D. Diego de Leon, valiente caudillo que, siendo todavía muy joven, había sacado de la guerra civil una alta graduación, la de teniente general, un título de Castilla, el de conde de Belascoain, y muchas de las más honrosas condecoraciones. Las buenas tropas que habían de sublevarse, mandadas por un general

tan bravo, habrían, indudablemente, puesto en grave apuro al Regente Espartero, por más que éste contase con el apoyo de la fuerza ciudadana y con las simpatías de la población; pero el Gobierno, que si no había descubierto el hilo de la trama, tenía motivos para sospechar algo, hizo lo bastante para disminuir la importancia del movimiento, con solo relevar la oficialidad de la Guardia Real, siendo sabido que siempre los regimientos que á tal cuerpo pertenecían fueron hostiles á las instituciones populares.

Pensaba Leon, en vista de las dificultades que para la realización de su plan encontraba, diferir el movimiento hasta la mañana del 8 de Octubre, y había dado á sus amigos la orden de no intentar nada hasta la hora del relevo, que sería la en que se pidiese la caída del Regente y la vuelta de Doña María Cristina; pero D. Manuel de la Concha, general también de prestigio, por su capacidad y gloriosos hechos, calculando que cada momento que transcurría aumentaba considerablemente las probabilidades de fracaso para la empresa, se decidió á dar el grito sedicioso en la misma noche del 7, ántes de que las fuerzas con que todavía contaba pudieran romper sus compromisos, y, efectivamente, poniéndose al frente del regimiento de la Princesa, del cual había sido coronel, y del regimiento de caballería de húsares, se dirigió á Palacio, donde no creía encontrar ninguna resistencia, puesto que el batallón que allí estaba de servicio entraba en la conjuración.

¿Cuál era el plan de ésta? Derribar inmediatamente el poder constituido, si los elementos con que se contaba eran suficientes para ello, y, en caso contrario, promover la guerra civil, apoderándose de las regías huérfanas, la reina D.^a Isabel II y la infanta D.^a Luisa Fernanda, y llevándoselas fuera de la capital, á donde el destino les condujese. De modo que, en una buena parte, se había logrado el objeto de la intentona, puesto que, siendo el general Concha dueño del Palacio, no podía imaginar que hubiera ya dificultad alguna en uno de los puntos más interesantes del plan, cual lo era el de llegar al secuestro de la reina y de la infanta.

Pero D. Manuel de la Concha, con toda su inteligencia, que la tenía muy elevada, no había fijado su atención en la guardia de los alabarderos, pareciéndole, tal vez, que una tan insignificante fuerza numérica como la que tal guardia componía, era impotente para resistir á la que obedecía sus órdenes, y pronto debió comprender cuán equivocado estaba, pues, en efecto, al ir á subir la espaciosa escalera que conduce á las habitaciones regias, se encontró con que solos diez y ocho hombres, mandados por D. Domingo Dulce, se atrevían á disputar el paso á los aguerridos batallones de la sedición.

En esta situación estaban las cosas, cuando Leon, noticioso de lo ocurrido, se apareció en la Plaza de la Armería, seguido del entonces brigadier Pezuela, vistiendo su uniforme de húsar, y asumió el mando en jefe de los sublevados, mientras la Milicia Nacional acudía á sus habituales puntos de reunión, dispuesta á pelear, y á morir, si era necesario, en defensa del Gobierno constituido. El que estos renglones escribe tuvo la honra de pertenecer á la citada Milicia hasta la extinción de ésta en 1843, y como era del 5.^o batallón, que se reunía siempre en la Plaza de la Constitución, no lejos del teatro de los tristes sucesos que vá relatando, puede como testigo, y aún como actor, aunque insignificante, en aquel drama, dar fé de algo de lo ocurrido, tanto más, cuanto más desposeído cree hallarse del espíritu de partido que todo lo desfigura. Contadísimos fueron los individuos que faltaron en sus respectivos puestos, y faltaron, porque, tratándose de una contienda civil, era natural que

algunos simpatizaran con los insurgentes; pero tales son los deberes impuestos por el solo uniforme, que hasta los pocos milicianos que tenían ideas moderadas, se presentaron, en su mayor parte, armados á sostener la honra de su bandera. El número de hombres de que la Milicia Nacional constaba á la sazón, contando infantería, caballería y artillería, no bajaba de diez mil: todos estaban mandados por jefes resueltos, llevaban de cincuenta á sesenta cartuchos, y desde luego tomaron excelentes posiciones; de manera que no abrigaban la menor duda respecto al éxito de la batalla. ¿Y cómo habían de abrigar duda semejante los que pocos años ántes habían osado hacer frente á D. Carlos y á Cabrera, que con un ejército numeroso se acercaron á las puertas de Madrid, cuando á la sazón solo tenían que habérselas con cuatro ó cinco mil adversarios?

La situación de éstos se hizo crítica, desde luego. Dentro de Palacio estaba Dulce, con sus diez y ocho alabarderos, destruyendo las columnas de valientes soldados que, mandados por bizarrísimos oficiales, pretendían subir la escalera, y fuera del edificio y de la gran Plaza de la Armería, se habían situado convenientemente las tropas que permanecieron fieles al Gobierno y la Milicia Nacional, haciendo imposible la retirada. La noche fué tremenda. Los que sitiábamos á la fuerza sublevada, ignorábamos lo que en el régio edificio estaba pasando: oíamos el terrible tiroteo que los batallones capitaneados por Diego Leon cruzaban con los alabarderos mandados por Dulce, sin saber explicarnos lo que aquello significaba; pues, no teniendo noticia de la verdad, suponíamos que la lucha se verificaría en alguno de los puntos distantes ó diametralmente opuestos á los que ocupábamos nosotros, y de vez en cuando, sin que cesase aquel tiroteo misterioso, sentíamos más de cerca, tanto las descargas de los soldados que intentaban penetrar en la población, como las de aquellos de nuestros compañeros que estaban inmediatamente encargados de mantener y estrechar el cerco de hierro en que la insurrección había de quedar necesariamente ahogada. Según las horas pasaban se iba generalizando el fuego, sin duda porque los sublevados, temerosos de la llegada del día, pretendieron ver si, buscando diferentes salidas, podían franquearse alguna; pero, aunque los desgraciados atacaban con el proverbial valor de los soldados españoles, multiplicado por la energía que dá la desesperación, en todas partes fueron rechazados, no quedándoles, al fin, más remedio que rendirse á discreción, cuando habían agotado sus municiones y llegado á la dolorosa persuasión de que era inútil toda resistencia.

Al amanecer todo estaba concluido: la tropa se había entregado; muchos de los jefes y oficiales se hallaban prisioneros, y los nacionales y el pueblo recorrían los sitios de la pelea, contemplando la huella desoladora que ésta había dejado por todas partes. En el Palacio, sobre todo, la sangre humana que teñía la escalera, y los infinitos hoyos y agujeros producidos por las balas, ya en las paredes ya en las puertas y ventanas de la cámara real, nos daban la explicación de aquel nutrido fuego que durante tantas horas habíamos estado oyendo, y fuera de dicho recinto también los rastros de sangre nos decían cuán grande debía ser el número de muertes y heridas causadas por la nocturna contienda. En cuanto á los alabarderos, y á D. Domingo Dulce, que había tenido la honra de mandarlos, compartiendo sus peligros, todos se hallaban ilesos, y pocas horas después recibían los vítores de los habitantes de la capital de España, cuyas calles paseaban, llevados en triunfo, y ostentando ya en sus pechos la cruz laureada de San Fernando, con que justamente se había recompen-

sado su heroísmo. ¿Qué era, entre tanto, de los generales que habían estado al frente del movimiento? Sabíase que no figuraban entre los prisioneros, ni entre los muertos, lo cual hacía creer que habían hallado modo de romper la línea enemiga y de buscar refugio dentro de la población, cosa deseada por todos los corazones generosos; pero esto, desgraciadamente, solo era verdad en parte.

D. Manuel de la Concha no había conseguido romper la línea; pero logrando quedar escondido en las estufas del Campo del Moro, pronto pudo salir de allí, auxiliado por los mismos que contra él habían luchado, y con conocimiento del mismo Regente, para ir á ocultarse dentro de Madrid, donde estaba seguro de que nadie le entregaría, pues tal es la nobleza de sentimiento de dicha población, que pocas veces se dará el caso de que un hombre, perseguido por opiniones políticas, deje de hallar protectores decididos en cualquiera de las casas á donde se le ocurra dirigirse.

Si el bizarro Leon hubiera hallado dentro de Madrid el asilo que no podía encontrar en el campo, las autoridades habrían sido las primeras á respetar aquel asilo, y voy á probarlo.

El entonces comandante Lersundi, aunque también había salido de la población, tuvo la buena ocurrencia de meterse en la pobre casa de una lavandera del Manzanares, donde entró diciendo estas palabras: «Buena mujer, aquí tiene usted un hombre que mañana será fusilado, si usted quiere.» La infeliz que oyó esto y adivinó su sentido, escondió lo mejor que pudo al comandante, quien desde allí dirigió una carta á su paisano Barcáistegui, ayudante del general Espartero, y otra á un escritor progresista, que todavía vive. Ambos, el periodista y el ayudante indicados, vieron al Regente, para decirle que sabían dónde se hallaba Lersundi, y que deseaban salvarle, teniendo la satisfacción de oír esta respuesta: «Quedan ustedes autorizados por mí, como caballero, para obrar conforme á lo que su buen deseo les dicte; pero tengo que hacer á ustedes dos recomendaciones. Una es que nadie sepa que yo estoy enterado de lo que pasa, y otra que procedan con la cautela suficiente, para no ser descubiertos; pues si, por desgracia, cayera Lersundi prisionero, me sería imposible darle como Regente la protección que no negaré á nadie como hombre.»

Efectivamente, aquel mismo día, cerca del anochecer, entraba por la puerta de San Vicente un coche que fué asaltado por un piquete de Milicia Nacional, y dentro del coche iba Lersundi; pero por una de las portezuelas asomábase la cabeza del periodista popular, y por la otra la del ayudante del general Espartero, al ver lo cual, dejaron los milicianos nacionales pasar el coche libremente, no pudiendo sospechar que allí dentro iba uno de los jefes de la insurrección que más se habían singularizado por su valor en la pelea de la pasada noche.

Todavía, sin embargo, corría un peligro mayor el hombre que después ha sido Presidente del Consejo de Ministros y dos veces Capitan General de Cuba. Refugiado en casa de unos amigos, hubo quien le descubriese y diera noticia de su paradero al Gobernador Civil de Madrid, D. Alfonso Escalante, tío carnal de nuestro inolvidable amigo Amable Escalante, el cual Gobernador, que ya tenía noticia de cómo se había salvado Lersundi, y que era un bondadosísimo ciudadano, escribió en un pedazo de papel estas líneas, que mandó inmediatamente á Barcáistegui: «Querido amigo: en el momento de recibir este papel, venga usted á verme, sea cualquiera la ocupación que pudiera obligarle á no complacerme.» Hizo Barcáistegui, como era natural, lo que el Gobernador Civil le ordenaba, y D. Alfonso Escalante, llamándole

aparte, le dijo: «Lersundi ha sido descubierto, y ahí está todavía la persona que acaba de revelarme su paradero. Yo no puedo menos de ir á prenderle antes de diez minutos: adelántese usted, sáquelo de la casa donde está, y llévesele á otra cualquiera, del mejor modo que le sea posible.»

Partió Barcáistegui con la velocidad del rayo á cumplir con lo que sus deberes de paisano y amigo le imponían, y pocos instantes después llegó el Gobernador Civil al lugar, donde era claro que ya nada podía encontrar, por bien que registrase.

Tales son los antecedentes que puedo dar para que el público aprecie, como es justo, los hechos de los tristes días á que me voy refiriendo, y por los cuales se verá cuánto ha obrado la pasión en los escritores que han pintado á Espartero como sediento de la sangre de los que, en la noche del 7 de Octubre de 1841, habían intentado derribarle por la fuerza de las armas.

Mientras el general D. Manuel de la Concha, el comandante Lersundi y otros hombres de los más comprometidos, se hallaban ocultos y protegidos indirectamente por las autoridades, el buen Don Diego Leon, que iba huyendo á la ventura por el campo, era hecho prisionero, y como tal entraba en la población, vestido con el mismo uniforme con que había estado al frente de las fuerzas sublevadas, para ser encerrado en una celda del antiguo convento de frailes de Santo Tomás, convertido á la sazón en cuartel de la Milicia Nacional de Madrid.

LA PESTE.

No es la terrible peste levantina,
Que estragos hace en la afligida Rusia,
La que aquí, por el décimo distrito,
Ha causado una alarma muy profunda.

Mas, según mis noticias, cuando estaban
Los partidos luchando con más furia,
El caso fué, que dicen que hubo un caso...
De aquellos que trascienden, si no asustan.

Y fué el caso en cuestión el de un tullido,
A quien llevar quisieron á las urnas,
Para que allí pudiera dar su voto
En pró de una infeliz candidatura.

Métenle sus amigos en un coche;
Pero al irle á sacar... la gente bufa,
Viendo que el elector, no solamente
No resulta elector, ¡oh suerte cruda!

Sino, que se halla enfermo, y su dolencia,
Si él la puede sufrir, no hay quien la sufra,
Entre aquellos que intentan socorrerle,
Cuando, en el riesgo, su deber consultan.

¿Qué tiene el elector? gritan algunos,
Ansiosos de prestarle noble ayuda,
Pero, al ir á acercarse, los más terner,
Los más fuertes é impávidos reculan,

Diciendo que, si el hombre de apestado,
Ciertas señales dá, la falta es suya,
Y que es un tal, y un cual, que merecía
Por único remedio una gran tunda.

Difundese la cosa por el barrio,
Aumentan del doliente las angustias,
Acuden en tropel muchos curiosos,
Que, sin médicos ser, celebran junta.

Unos, á salga pez, ó salga rana,
Lléganle á recetar leche de burra,
Otros le quieren dar lo que, por cierto,
Ménos ha menester, que es una purga;

Y todos á sacarle se deciden,
Para bañarle bien, lo que, sin duda,
Más puede convenirle; pero al punto
De ver cómo le sacan y chapuzan,

Tal descomposición del pobre enfermo
Los hombres filantrópicos barruntan,
Que todos ven que la salud de todos
Está en la estratagema de la fuga.

Y bien, ¿en qué quedó lo que refiero?
No puedo contestar á esta pregunta,
Porque lo ignoro, y porque ciertas cosas
No es conveniente que se sepan nunca.

A LA PRUEBA.

—¡Tan! ¡tan! ¡tan!

—Pase el *Tío Pili*, á quien tengo el gusto de anunciar que está nombrado gacetillero de DON CIRCUNSTANCIAS, y diga lo que sepa.

—Hombre, por ahí anda un periodiquito que se nombra *La Voz del Pueblo*.....

—¡Pobre Pueblo! ¡Cómo suelen ponerle los que se arrojan el derecho de interpretar sus ideas y aspiraciones! He visto ese papel, que se atreve á disputar con un castellano acerca de la pronunciación castellana y con eso está dicho todo; y he visto también que hasta le hace falta un diccionario, para conocer las definiciones y distintas acepciones de algunas palabras, tales como las siguientes: TRAZA. f. La primera planta ó diseño que idea y ejecuta el artífice, para la fábrica de algun edificio ú obra..... & PUNTO. m. Ortogr. La nota (.) que sirve para señalar el fin de un párrafo, capítulo, etc... y aún de una sola oración, «suélese llamar punto final, ó punto redondo.» Digo esto, porque *La Voz del Pueblo*, extrañándose de que yo dijera un día que los arquitectos que han construido la Plaza del Vapor, dieron bella traza, manifiesta ignorar lo que es traza, y porque hablé otro día del punto redondo, me pregunta si hay punto cuadrado. Con solo mencionar tales ocurrencias, me ahorro de contestar á otras que ha tenido y á cuantas tenga en adelante, eso que, aunque se llama *Voz del Pueblo*, dista mucho de poder tomarse por la *Voz de Dios*.

—Si; pero *El Criterio Popular* de Remedios no es tan atrasado.

—Según y conforme, *Tío Pili*. *El Criterio Popular* de Remedios, que tampoco me parece que nos dé la medida del criterio de dicha población, quizá no esté tan rezagado en lexicografía como eso que se nombra *La Voz del Pueblo*; pero en política está muy detrás de los más furibundos conservadores, y, en cuanto á su lógica, no hay más que decir que, en la crítica de una mala alocución de un alcalde, vé un ataque á la institución del municipio, para conocer los puntos que calza, y si todavía se quieren más datos para juzgarle en dicho concepto, él los dará llamándose viejo, y quejándose, al mismo tiempo, de mis supuestas personalidades. Por de contado que, el ser viejo, no constituye una grave falta, y si como tal se considera, miren lo que hacen los que redactan el titulado *Criterio*, pues día por día y hora por hora están ellos incurriendo en lo mismo que condenan; pero donde yo encuentro delicioso al tal colega es en lo de creerse liberal, mientras tiene por peligrosa una crítica tan inofensiva como la que yo he hecho de la alocución del alcalde de Caibarien. Con liberales así, pronto llegaríamos al ideal de los absolutistas.

—¿Y qué dice usted del nuevo diario habanero titulado *La Discusión*?

—Que le deseo larga y próspera vida, entre otras cosas, porque, al establecer la sección en todas partes nominada *Espíritu de la Prensa*, veo que dá una prueba de grandeza de ánimo que no es común; y digo esto, porque los actuales diarios habaneros, parece como que temen dar á conocer la existencia de otros colegas, y se abstienen de nombrarlos, pequeñez que aquí era hasta ahora desconocida, mientras que *La Discusión*, no solo tiene la liberalidad de nombrar á todos, sino que, de lo que todos dicen en sus artículos de fondo, hace un juicio que no deja de ser imparcial por su calidad de intencionado y chispeante. Así obran los que conocen la misión y costumbres del periodismo.

—Bueno, pues yo quisiera saber la opinión de usted acerca del opúsculo publicado por D. Manuel Ortega y Macetty, bajo el título «*La Política de España en sus provincias ultramarinas* &c.»

—Aun no he podido leerlo; pero lo leeré tan pronto como mis ocupaciones me lo permitan, y diré mi opinión, aunque, siéndome conocido el sano criterio del autor, no vacilo en recomendar desde luego la lectura de su opúsculo. Y voy á concluir por hoy mi tarea, llamando la atención pública hácia el *Almanaque de la Ilustración*, verdadera obra científica, artística y literaria, que mis lectores encontrarán en la librería *La Moda Elegante*, de D. Miguel de Villa, calle del Obispo, núm. 50.

—Entonces ya estoy aquí demás.

—Hasta otro día, *Tío Pili*.

Imprenta Militar, de la Viuda de Soler y compañía, Ríola 40.